

## EL PROBLEMA DEL AGENTE-ESTRUCTURA EN RELACIONES INTERNACIONALES

Carlos Murillo Zamora

Ph. D. Especialista en Relaciones Internacionales y Profesor e Investigador Universitario

- Wight, C. 2006. *Agents, Structures and International Relations. Politics as Ontology*. Cambridge, UK, Cambridge University Press.
- Brooks, S., and W. Wohlforth. 2008. *World Out of Balance. International Relations and the Challenge of American Primacy*. Princeton, N.J., Princeton University Press.
- Lucas, E. 2009. *The New Cold War. Putin's Russia and the Threat to the West*. 2<sup>nd</sup> edition. New York, Palgrave-Macmillan.
- Pan, P. 2008. *Out of Mao's Shadow. The Struggle for the Soul of a New China*. New York, Simon & Schuster Paperbacks.

Colin Wight (2006, 90) señala que "Parte de la solución a cualquier problema es la correcta especificación del problema". Esto resulta fundamental en Relaciones Internacionales (RI) por las dificultades para conectar la parte ontológica y epistemológica de la disciplina con la realidad de las relaciones internacionales (ri); que se caracteriza por la existencia de tres problemas: el de agente-estructura, el de los niveles de análisis y el de lo micro-macro. Lo cual se resuelve a través de un correcto planteamiento del componente metodológico (que permite explicar y entender la

conexión entre lo ontológico y epistemológico de una disciplina). Así, en el intento de responder a la pregunta, ¿cuál fue la causa del fin de la Guerra Fría, la política de Gorbachov o los factores sistémicos propios de la coyuntura de la década de 1980?; primero se debe determinar dónde se ubicará ese cuestionamiento en los tres problemas enumerados, sobre todo en el del agente-estructura.

Ahora bien, como advierte el mismo Wight (*ibid.*): "El debate en torno al problema agente-estructura en la teoría de RI ha llegado a ser confuso porque no siempre

es claro de qué están hablando los participantes en la discusión del tema en torno al problema mismo. Preguntas que se consideran epistemológicas por un contribuyente son concebidas como metodológicas por otro. Los temas ontológicos son regularmente confundidos con asuntos de explicación y hay una extensa confusión acerca de qué es el problema". Esta preocupación no es nueva en la disciplina, pues fue abordada desde la década de 1990, primero por Martin Hollis y Steve Smith en su libro *Explaining and Understanding International Relations* (1991, Oxford, UK, Clarendon Press) —un texto que se convirtió en lectura obligatoria de cualquier profesional en RI— y luego por Fred Halliday en *Rethinking International Relations* (1994, Vancouver, UBC Press). La diferencia con el aporte que hace Wight en uno de los cuatro libros que reseño en esta oportunidad, es que no se limita a ver lo epistemológico y metodológico, sino que rescata la esencia ontológica de la disciplina. Ahí es donde resurge un aspecto descuidado por los y las especialistas en este campo: la precisión de lo ontológico, de forma que se pueda conectar la disciplina (RI) con el campo de estudio (ri); teniendo en cuenta la multiplicidad de teorías, como lo reconoció Stephen Walt en un artículo publicado por *Foreign Policy* en 1998: "International Relations: One world, many theories".

Wight (2006, 2) inicia su análisis señalando precisamente esa dificultad, puesto que "...las divisiones [de la disciplina] son reales, pero su fuente es ontológica, no epistemológica o metodológica. Si queremos explicar las divisiones que estructuran la disciplina y ganar un profundo entendimiento de lo que divide el horizonte

teórico de RI, necesitamos comprometernos en algunas 'investigaciones ontológicas'". Sin embargo, ese compromiso no se puede completar sino se superan algunas de las barreras impuestas por el positivismo, que descuidó lo ontológico; cuando el problema agente-estructura es precisa y esencialmente un asunto de esa naturaleza. Es algo que no se ha reconocido —o aún más grave—, se ha obviado en muchas academias y centros de estudios internacionales.

Al igual que en otras disciplinas, pero particularmente en RI por la anotada diversidad de enfoques y modelos teóricos, es fundamental reconocer que "Diferentes teorías tienen su propia ontología. Todas las teorías sugieren variables, factores, unidades y procesos claves, al igual que todo recuento político del mundo social contiene las consideraciones de por qué y cómo el mundo es..." (Wight, 2006, 4). Ello me conduce a señalar que en el desarrollo de la investigación y el análisis es fundamental tener claros los tres componentes de toda disciplina: ontología, epistemología y metodología. En el primer caso, la clave está en la unidad de análisis básica (algo olvidado en muchos cursos de metodología) y en el proceso causal que se toma como punto de partida. Ello ayuda a definir la posición en el problema agente-estructura que constituye el meollo del asunto y también define las distintas posiciones teóricas sobre la realidad objeto de estudio. De igual manera hay que tener en cuenta que cada teoría observa el mundo desde una cosmovisión particular. Entonces, sin la metodología apropiada que facilite la explicación y el entendimiento del problema, no se puede lograr el progreso científico en esta disciplina.



Precisamente, en mi criterio, lo interesante de este campo de estudio es que por su naturaleza y por su carácter de ser una de las dos disciplinas de las Ciencias Sociales de carácter global –la otra es la Antropología–, la unidad de análisis u objeto de investigación puede localizarse tanto en el agente como en la estructura y manifestarse –de distinta forma–, si se le observa en los diversos niveles de análisis o en cada uno de los escenarios micro y macro. Porque en una investigación, la unidad de análisis puede ser el Estado, en otra sobre el mismo tema puede ser la conducta del agente o incluso la estructura. Por ello, los niveles de análisis no son simples escenarios para explicar algo o donde los agentes expresan algo al interactuar con otros, como se deduce del planteamiento seminal de David Singer en un artículo de 1961, “The Level-of-Analysis Problem in International Relations”, publicado en *World Politics*. En realidad los niveles de análisis tienen efectos tanto constitutivos como causales que hacen que el agente sea lo que es y se comporte en la forma en que lo hace en ese nivel.

De ahí que “...las funciones del agente tienen que ser entendidas con relación a la influencia de los contextos y escenarios estructurales que proveen el amplio contexto social y viceversa, también como en términos de la extendida dinámica estructural que ocurre cuando la interacción tiene lugar” (Wight, 2006, 116). Sin la comprensión de la noción del yo (autopercepción del agente), la actividad específicamente situada, el escenario y el contexto, no es posible explicar y entender el fenómeno observado.

Un intento por resolver ese asunto en la práctica lo proponen los dos autores del

segundo libro que reseño. Stephen Brooks y William Wohlforth abordan el problema de la política de seguridad de los Estados Unidos, que definen como “...el uso y amenaza de la fuerza militar, pero también [como] el uso de los instrumentos no militares para complejos intereses de seguridad” (2008, 3), desde cuatro perspectivas teóricas: realismo, institucionalismo, constructivismo y liberalismo. Sin embargo, advierten que el análisis se centrará en las restricciones sistémicas, es decir, en la estructura. Con ello desisten de considerar el otro tipo de restricciones a la política de seguridad: las emanadas de instituciones y políticas domésticas. Su hipótesis es que “...conforme la concentración de poder en un Estado se incrementa más allá de un cierto umbral, las restricciones sistémicas sobre su política de seguridad llegarán a ser generalmente inoperantes” (*ibid.*, 4).

Por supuesto, la conclusión a la que llegan con la aplicación de cada teoría es particular; por lo que anoté arriba sobre la específica cosmovisión de cada teoría. En este caso se hace más evidente, porque los autores combinan teorías individualistas de corte weberiano con estructuralistas de enfoque durkheimiano, que al mismo tiempo priorizan al agente o a la estructura. Sin embargo, Brooks y Wohlforth comprueban su hipótesis, pero reconocen que existen factores, como la polaridad –sobre todo el escenario unipolar–, que deben ser considerados en el análisis, con el fin de determinar cuándo la política de seguridad deja de ser operativa al traspasar el umbral.

Desde la perspectiva de Wight, en este caso el problema es que, una vez más, se descuida la parte ontológica del análisis y se prioriza la epistemológica. Se realiza una



aplicación de las teorías desatendiendo, en alguna medida, el escenario y contexto en que se implementará la política de seguridad por parte de Estados Unidos. De ahí que en la conclusión se reconozca que si hay cambios en ese escenario, los resultados podrían variar.

Edward Lucas recurre a un agente –Vladimir Putin– como su unidad de análisis básica para explicar la dinámica que puede determinar las interacciones sistémicas a inicios del siglo XXI, pero reconoce que existen factores propios de la estructura internacional y restricciones del sistema que inciden en la conducta del agente y redefinen la política exterior de Rusia, convirtiéndola –según su propuesta– en una amenaza para Occidente. Incluso Lucas (2009, xiii) advierte, en el prólogo a la segunda edición de su libro, que la invasión rusa a Georgia es una evidencia de la nueva conducta del Kremlin y su disposición a rescatar algunos recursos de la Guerra Fría, como el uso de la fuerza armada, para contrarrestar las limitaciones propias y las restricciones sistémicas. La sugerencia es que de continuar Rusia por el rumbo propuesto por Putin bien podría retornarse al orden mundial de Guerra Fría que caracterizó la segunda mitad del siglo XX.

El trabajo de Lucas permite observar como la conducta de los agentes, ya sean individuales o colectivos, puede tener efectos constitutivos sobre la arquitectura de la estructura del sistema internacional. Esto rompe con algunas de las teorías reduccionistas –para utilizar uno de los conceptos preferidos de Kenneth Waltz en su libro *Theory of International Politics* (1979, New York, Random House)– e individualistas, como el Realismo Político de Hans Morgenthau, que reconocen a los Estados

como los únicos actores internacionales. Hoy la realidad es que fuerzas y canales transnacionales como Facebook o Twitter están revolucionando la geopolítica mundial y generando una comunidad mundial, en la cual los individuos tienen una presencia activa en los procesos políticos de los Estados, incluso de los más poderosos, como las superpotencias y los hegemones.

Precisamente esto último es lo que se comprueba en el cuarto libro reseñado; cuando el uso de espacios virtuales como Twitter –a pesar del bloqueo que intenta el gobierno chino– permite la acción individual para contrarrestar el control de un régimen totalitario y opresivo como el del Partido Comunista Chino (PCC). Philip Pan, corresponsal de *The Washington Post* en China, presenta, a través de las experiencias personales –recurre también al agente individual– de ciudadanos chinos y ciudadanas chinas de hoy y de la época de Mao, un panorama de la búsqueda de una nueva identidad nacional. Sin embargo, a través de la combinación del reportaje periodístico con el estilo propio de la novela, este autor muestra la dinámica de gobierno desempeñado por el PCC, lo que recuerda la novela de George Orwell, *1984*; con el partido como el “gran hermano” que decide qué hacen y cómo viven las personas. Que indica cuándo alguien puede hablar o callar para no afectar los intereses del PCC; provocando situaciones críticas como la expansión del SARS, para que no existiera un tema que atrajera la atención de la opinión pública y opacara la celebración del Congreso Nacional del Pueblo.

El control sobre la vida privada de los individuos, con recursos como el espionaje mutuo y la generación de desconfianza entre familiares, y el costo humano y social

que implicó el logro del "milagro económico chino", el cual se sumó al de la Revolución Cultural de Mao, constituyen un componente básico de la construcción de la "nueva sociedad" china y del país como una potencia emergente. Esto ha ido moldeando un espíritu de esa sociedad que se expresa en dos categorías: los miembros del Partido y el resto de la población. Esto se hizo más evidente tras los acontecimientos de Tiananmen en la primavera de 1989 y la creciente brecha entre la zona urbana y la rural. De acuerdo con Pan (2008, 203), "El Partido Comunista dedica tremendos recursos para la recolección y control de la información, y el cuidado con que administra y conserva sus secretos ha sido crítico a su habilidad para permanecer en el poder". Sin ese control, el PCC ya no estaría en el poder.

La cuestión es que no es un asunto doméstico, por el rol que Pekín cumple en el sistema internacional. Por eso Pan pregunta: "¿Cómo el crecimiento de China afectará al resto del mundo? En otras palabras, el futuro del sistema político chino podría definir cómo China se comporta como una potencia global emergente, cómo interactúa con sus vecinos y con esa nación mirando en forma estrecha al otro lado del globo, Estados Unidos".

Esto evidencia que hoy el mundo se ha transformado y que lo local es tan relevante para las RI como lo global. Por eso, como señala Wight, es necesario superar las limitaciones del positivismo y entender que RI es una disciplina que no puede descuidar ninguno de los tres componentes básicos: ontología, epistemología y metodología. Ya no se trata solo de limitarse a las relaciones interestatales o a lo que tradicionalmente se ha definido como política

internacional, sino de observar, explicar y entender los fenómenos que ocurren en los tres niveles de acción y los macro y micro, en los cuales se manifiesta la relación agente-estructura, el componente clave de RI.